

CHLOE GONG

PLACERES VIOLENTOS

Traducción de Juan Fernando Merino

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

PLACERES VIOLENTOS

Título original: *These Violent Delights*

© 2020, Chloe Gong

Publicado según acuerdo con Triada US Agencia Literaria,
a través de IMC, Agencia Literaria

Traducción: Juan Fernando Merino

Diseño de portada: © 2020, Sarah Creech

Ilustración de portada: © 2021, Billelis

D.R. © 2022, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © 2022, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2022

ISBN: 978-84-123655-7-3

Depósito legal: B 3723-2022

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en www.cedro.org.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005634010222

PARA TI, MUY QUERIDO LECTOR

*Estos placeres violentos tienen finales violentos
Y en su triunfo mueren, como el fuego y la pólvora,
Que al besarse, se consumen.*

Shakespeare, *Romeo y Julieta*



Prólogo

En la esplendente Shanghái despierta un monstruo. Sus ojos se abren de golpe en el vientre del río Huangpu, las mandíbulas se descuelgan de inmediato para saborear la nauseabunda sangre que penetra en las aguas. Líneas rojas que se deslizan por las modernas calles de esta antigua ciudad: líneas que dibujan telarañas en los adoquines como una red de arterias, y gota a gota alcanzan las aguas, vertiendo la esencia vital de la ciudad dentro de la boca de otra esencia.

A medida que la noche se vuelve más oscura, el monstruo toma impulso para incorporarse, eventualmente emergiendo de las olas con la desidia de un dios olvidado. Cuando alza la cabeza, todo lo que puede verse, muy baja en el firmamento, es una luna enorme.

El monstruo inhala. Se desliza más cerca.

El primer aliento se transforma en una brisa fría que se abalanza sobre las calles y roza los tobillos de aquellos que tienen la mala fortuna de regresar tambaleantes a casa durante la hora del diablo. Este lugar zumba al ritmo de la melodía del libertinaje. Esta ciudad es indecente y está profundamente sumida en la esclavitud del pecado incesante, tan saturada con el beso de la decadencia que el cielo amenaza con venirse



abajo y, a manera de castigo, aplastar a todos aquellos que viven desenfrenadamente bajo su protección.

Pero no ha llegado el castigo: aún no. Es una década laxa y la moral lo es aún más. Mientras Occidente levanta los brazos en celebración de una fiesta interminable, mientras el resto del Reino Medio permanece dividido entre envejecidos señores de la guerra y los vestigios del dominio imperial, Shanghái se asienta en su propia y pequeña burbuja de poder: *La París del Este, la Nueva York del Oeste*.

A pesar de la ponzoña que supura desde todos los callejones, este lugar está *vivo*. Y el monstruo renace también.

Ignorantes de lo que ocurre, los habitantes de esta ciudad dividida continúan con sus quehaceres. Dos hombres salen a trompicones por las puertas abiertas de su burdel favorito en medio de sonoras y penetrantes risotadas. El silencio de esta avanzada hora contrasta repentinamente con la estruendosa actividad de la cual acaban de emerger, y sus oídos se esfuerzan por amoldarse, zumbando ruidosamente durante la transición.

Uno de ellos es bajo y rechoncho y podría pensarse que si se recostara en el suelo comenzaría a rodar por la acera como si fuera una pelota; el otro es alto y desgarrado con las extremidades dibujadas en ángulos rectos. Con el brazo de uno alrededor del hombro del otro avanzan tambaleantes hacia la orilla, hacia el río que trae desde el mar las mercancías que transportan los comerciantes día tras día.

Los dos hombres están familiarizados con estos puertos; después de todo, cuando no dedican el tiempo a frecuentar clubes de jazz o a consumir los más recientes cargamentos de vino procedentes de algún país extranjero, transmiten mensajes aquí, guardan mercancías allá, llevan y traen cargamen-



tos: todo ello al servicio de la Pandilla Escarlata. Conocen este malecón como la palma de sus manos, incluso ahora cuando no se escuchan los habituales mil idiomas diferentes voceados bajo tantas banderas distintas.

A esta hora sólo se escucha la música tenue de los bares cercanos y los enormes estandartes de las tiendas al ondear con las ráfagas de viento.

Y se escucha a cinco integrantes de la Banda de las Flores Blancas hablando animadamente en ruso.

Es culpa de los dos hombres Escarlata por no haber escuchado más pronto la algarabía, pero sus cerebros están anegados por el alcohol y sus sentidos zumban placenteramente. Para cuando las Flores Blancas aparecen a la vista, para cuando los hombres ven a sus rivales por los lados de uno de los puertos, pasándose de mano en mano una botella, riendo tan estruendosamente que sus hombros se estremecen, ya ninguno de ambos grupos puede retroceder sin caer en el deshonor.

Los hombres pertenecientes a las Flores Blancas se enderezan con las cabezas inclinadas hacia el viento.

—Es mejor que sigamos nuestro camino —el hombre Escarlata de baja estatura le susurra a su acompañante—. Ya sabes lo que Lord Cai dijo sobre meternos en otra pelea con las Flores Blancas.

El más desgarrado se limita a morder el interior de sus mejillas, hasta que su rostro enjuto adquiere el aspecto de un engreído y borrachín espíritu maligno.

—Dijo que no deberíamos iniciar ninguna pelea. Nunca mencionó que *no podíamos* meternos en una.

Los hombres Escarlata hablan en el dialecto de su ciudad, con la lengua plana y los sonidos apretados. Incluso cuando alzan la voz con la confianza de estar en su territorio, se sien-

ten intranquilos, porque en la actualidad es raro que un miembro de las Flores Blanca desconozca el idioma: incluso algunas veces sus acentos son indistinguibles de los de un nativo de Shanghái.

Hecho que resulta cierto cuando uno de las Flores Blancas, sonriendo, grita:

—Y entonces ¿estáis buscando pelea?

El más alto de los Escarlatas emite un sonido bajo que proviene de la base de su garganta y lanza un escupitajo en dirección a las Flores Blancas que aterriza junto al zapato del hombre más cercano.

En un abrir y cerrar de ojos: armas apuntan a otras armas, los brazos firmes y en alto, ansiosos por apretar el gatillo. Ésta es una escena que ya no hace pestañear a nadie; una escena que es más común en la embriagadora Shanghái que el humo del opio emanando desde alguna gruesa pipa.

—¡Eh! ¡Eh!

Un silbato rompe el terso silencio. El policía que acude corriendo al lugar sólo expresa molestia por la obstrucción del paso. Ya ha visto esta misma escena tres veces durante la semana. Ha encerrado a los rivales tras las rejas o bien ha tenido que ordenar una limpieza cuando los grupos se enfrentaron entre sí, dejando a sus rivales perforados a tiros. Agotado por el pesado día, lo único que el policía desea es marcharse a casa, meter los pies en agua caliente y comer la cena fría que su esposa habrá dejado sobre la mesa. La mano está ansiosa por sacar su garrote, ansiosa por moler a palos a estos hombres y hacerlos entrar en razón, ansiosa por recordarles que entre ellos no deberían existir resentimientos personales. Lo único que los impulsa es una imprudente e infundada lealtad hacia los Cai y hacia los Montagov, y eso podría ser su ruina.

—¿Terminamos esto de una buena vez y nos vamos a casa? —pregunta el policía—. ¿O queréis venir conmigo y...?

Se detiene abruptamente.

Desde las aguas resuena el eco de un *gruñido*.

La advertencia que irradia semejante sonido no es una sensación que pueda negarse. No es la clase de paranoia que uno siente cuando cree estar siendo acechado en una calle abandonada; tampoco es la clase de pánico que se experimenta cuando una tabla en el suelo cruje en una casa que se creía vacía. Esto es algo sólido, tangible: pareciera exudar cierta humedad en el aire, un peso que presiona la piel desnuda. Es una amenaza tan obvia como una pistola contra el rostro y, sin embargo, hay un momento de parálisis, un momento de vacilación. El hombre Escarlata bajo y rechoncho titubea en un primer momento, echa un vistazo al borde del malecón. Inclina la cabeza, atisbando en las oscuras profundidades y aguza la mirada para seguir los movimientos agitados y ondulantes de las pequeñas olas.

Está justo a la altura adecuada para que su compañero suelte un grito y lo derribe con un codazo brutal en la sien cuando algo emerge desde el río.

Pequeñas motas negras.

Mientras el hombre bajo cae y se golpea con fuerza contra el suelo, tiene la impresión de que el mundo llueve sobre él en forma de briznas; cosas extrañas que no acaba de discernir del todo mientras su visión da vueltas y su garganta se obstruye por las náuseas. Sólo siente unas punzadas que aterrizan encima de él, que le pinchan los brazos, las piernas, el cuello: escucha gritar a su compañero, las Flores Blancas se increpan a bramidos entre sí en un ruso indescifrable y, finalmente, el policía comienza a aullar en inglés:

—¡Quitáoslo! ¡Quitáoslo de encima!

El hombre tendido en el suelo siente el ruido sordo y atornador de los latidos del corazón. Con la frente junto al malecón, reacio a contemplar lo que causa estos terribles aullidos, su propio pulso lo consume. Se apodera de cada uno de sus sentidos, y sólo cuando algo espeso y húmedo le salpica la pierna, se endereza con espanto, sacudiéndose con tan inusitado vigor que uno de sus zapatos sale despedido y él no se molesta en recogerlo.

No mira hacia atrás mientras sale corriendo. Se aparta a manotazos los residuos que le han caído encima, sufre un ataque de hipo en su desesperación por inhalar aire, inhalar, inhalar.

No mira hacia atrás para averiguar qué era lo que acechaba en las aguas. No mira atrás para ver si su compañero necesita ayuda y ciertamente no mira atrás para determinar qué es lo que había aterrizado en su pierna produciendo una sensación viscosa y pegajosa. El hombre no hace otra cosa que correr y correr, más allá del alegre neón de las marquesinas en el preciso momento en que se apagan las últimas luces, más allá de los susurros que se deslizan bajo las puertas de acceso a los burdeles, más allá de los dulces sueños de los comerciantes que duermen con pilas de dinero bajo los colchones.

Y ya hace tiempo que se ha marchado para cuando sólo quedan cadáveres tendidos en el suelo de los puertos de Shanghái, cadáveres degollados con los ojos yertos clavados en el cielo nocturno, vidriosos por el reflejo de la luna.

Uno

SEPTIEMBRE DE 1926

En el corazón del territorio de la Pandilla Escarlata, un cabaré era sin duda el mejor sitio para estar.

El calendario se aproximaba cada vez más al final de la estación, sus páginas desprendiéndose y volando por el aire más rápido que las hojas secas de un árbol. El tiempo transcurría a la vez de prisa y de forma pausada, los días se volvían más cortos y sin embargo se prolongaban demasiado. Los trabajadores se apresuraban siempre hacia algún lado, sin importar si realmente tenían un destino al cual llegar. El sonido de un silbato se escuchaba de fondo; siempre estaba el ruido constante de los tranvías arrastrándose por las desgastadas vías talladas en las calles; el permanente hedor de resentimiento apestando en los barrios e introduciéndose profundamente en la ropa colgada de los tendederos y agitándose con el viento, como anuncios de tiendas tras las ventanas de los estrechos departamentos.

Hoy era una excepción.

El reloj había tomado una pausa en el Festival de la Luna: el veintidós del mes, según los métodos occidentales de registrar las fechas. En otras épocas se acostumbraba encender faroles y susurrar historias trágicas, para rendir culto

a lo que los ancestros veneraban con la luz de luna en las palmas ahuecadas de las manos. Ahora era una nueva época que se consideraba superior a la de los ancestros. Independientemente del territorio en el que se encontraran, desde el amanecer, los habitantes de Shanghái habían estado trajinando inmersos en el espíritu de las celebraciones modernas, y en este momento, con las campanas marcando las nueve de la mañana, las festividades apenas estaban comenzando.

Juliette Cai inspeccionaba el club, sus ojos atentos al primer indicio de problemas. El lugar estaba tenuemente iluminado y a pesar de la abundancia de candelabros centelleantes que colgaban del techo, la atmósfera era oscura, turbia y húmeda. También había un olor extraño y húmedo que flotaba en oleadas bajo la nariz de Juliette, pero las exiguas renovaciones no parecían afectar en absoluto el ánimo de los presentes, sentados a las numerosas mesas redondas repartidas por todo el club. Con una actividad constante y acaparando la atención de los asistentes, difícilmente iban a notar una pequeña gotera en alguna esquina. Se veían parejas que susurraban mientras en sus mesas se barajaban las cartas del tarot, hombres que saludaban con vigorosos apretones de manos, mujeres que inclinaban la cabeza y soltaban resuellos y gritos en reacción a la historia que en aquel momento se contaba bajo la parpadeante luz de gas.

—¡Qué aspecto más lamentable tienes!

Juliette no se giró de inmediato para identificar la voz. No tenía que hacerlo. Para empezar, había muy pocas personas que se aproximaran a ella hablando inglés, no importa que fuera un inglés con el tono monocorde de la lengua materna china y el acento influido por una educación francesa.

—En efecto. Siempre tengo algo que lamentar —sólo en ese momento Juliette giró la cabeza, con los labios levemente fruncidos y los ojos entrecerrados, y se dirigió a su prima—. ¿No se supone que deberías ser la próxima en subir al escenario?

Rosalind Lang se encogió de hombros y se cruzó de brazos, los brazaletes de jade en sus delgadas muñecas oscuras tintinearón rítmicamente.

—No pueden empezar el espectáculo sin mí —se burló Rosalind—. Así que no me preocupa.

Juliette examinó de nuevo al público, esta vez buscando a alguien en particular. Descubrió a Kathleen, la hermana gemela de Rosalind, cerca de una mesa al fondo del club. Su otra prima balanceaba pacientemente una bandeja llena de platos, mirando fijamente a un comerciante británico que intentaba pedir una bebida valiéndose de exageradas gesticulaciones. Rosalind tenía un contrato para bailar aquí; Kathleen aparecía para servir mesas cuando estaba aburrida y aceptaba un salario insignificante sólo por pasar un rato divertido.

Soltando un suspiro, Juliette sacó un mechero para mantener las manos ocupadas, liberando la llama y luego apagándola al ritmo de la música que flotaba a su alrededor. Agitó el pequeño rectángulo plateado bajo la nariz de su prima.

—¿Quieres?

A manera de respuesta Rosalind sacó un cigarrillo escondido entre los pliegues de su ropa.

—Tú ni siquiera fumas —dijo, mientras Juliette dirigía el mechero hacia abajo—. ¿Por qué cargas con esa cosa?

Con expresión seria, Juliette respondió.

—Ya me conoces. Siempre de aquí para allá. Viviendo la vida. Provocando incendios.

Rosalind inhaló su primera bocanada de humo y puso los ojos en blanco.

—Por supuesto.

Un misterio más interesante habría sido descubrir dónde guardaba Juliette el mechero. La mayoría de las chicas de este cabaré —tanto bailarinas como clientas— estaban vestidas como Rosalind: con el elegante qipao que se extendía por Shanghái como un reguero de pólvora. Con una escandalosa abertura lateral que dejaba al descubierto desde el tobillo hasta el muslo y un cuello alto con las solapas levantadas, el diseño era una mezcla de extravagancia occidental y raíces orientales, y en una ciudad de mundos divididos, las mujeres se convertían en metáforas ambulantes. Pero Juliette... Juliette se había transformado por completo, las pequeñas cuentas de su vestido corto a la usanza de las chicas estadounidenses de los años veinte se agitaban con cada movimiento. Destacaba en este lugar, de eso no había ninguna duda. Era una estrella ardiente y fulgurante, una insignia simbólica de la vitalidad de la Pandilla Escarlata.

Juliette y Rosalind guardaron silencio y dirigieron de nuevo su atención hacia el escenario, donde una mujer canturreaba una melodía en un idioma con el que ninguna de ellas estaba familiarizada. La voz de la intérprete era encantadora, su vestido brillaba en contraste con su piel oscura, pero éste no era el tipo de espectáculo por el que era reconocido esta clase de cabaré, de modo que aparte de las dos chicas al fondo, nadie más la escuchaba.

—No me dijiste que vendrías esta noche —dijo Rosalind después de un momento, con el humo escapando de la boca en veloces bocanadas. En el tono de su voz se percibía la queja por una traición, como si aquella información omitida fuera

algo inesperado para ella. La Juliette que había regresado la semana pasada no era la misma Juliette de la cual sus primas se habían despedido cuatro años atrás, pero los cambios eran visibles en ambos lados. Al regreso de Juliette, incluso antes de que hubiera puesto un pie en casa, ya había escuchado hablar de esa voz melosa de Rosalind y de la clase que exhibía de manera espontánea. Después de cuatro años fuera, los recuerdos que tenía Juliette de las personas que había dejado atrás ya no encajaban con las personas en que se habían convertido. Nada en su memoria había resistido la prueba del tiempo. Esta ciudad se había transformado y todos sus habitantes habían seguido avanzando sin ella, especialmente Rosalind.

—Fue una decisión de último minuto —en la parte trasera del club, el comerciante británico había comenzado sus pantomimas frente a Kathleen. Juliette señaló la escena con la barbilla—. Bàba se está cansando de que un comerciante llamado Walter Dexter esté presionando para conseguir una reunión, así que voy a escuchar lo que quiere.

—Suena de lo más aburrido —respondió Rosalind.

Las palabras de su prima siempre encerraban algo de mordacidad, incluso cuando hablaba con la más neutra de las entonaciones. Una pequeña sonrisa afloró en los labios de Juliette. Como mínimo, incluso si sentía a Rosalind como una extraña —a pesar de ser de la familia—, siempre le parecería familiar. Juliette podía cerrar los ojos y pretender que eran nuevamente unas niñas, haciéndose reproches mutuos sobre los temas más insultantes.

Resopló con altivez, fingiendo sentirse ofendida.

—No todos podemos ser bailarinas formadas en París.

—Te propongo algo: tú te haces cargo de mi número y yo *seré* la heredera del imperio subterráneo de esta ciudad.

Juliette, estalló en una risa corta y sonora, divertida por el comentario. Su prima era diferente. Todo en ella era diferente. Pero Juliette aprendía rápido.

Con un tenue suspiro, se apartó de la pared en la que estaba apoyada.

—Me marchó —dijo, con la mirada fija en Kathleen—. El deber me llama. Te veo en casa.

Rosalind la despidió con un gesto fugaz, al tiempo que dejaba caer al suelo el cigarrillo y lo aplastaba con su zapato de tacón. Juliette debería haberla reprendido por hacer eso, pero el suelo no podría estar más sucio de lo que estaba ahora, así que, ¿qué sacaría a cambio? Desde el momento en que había puesto un pie en el lugar, probablemente cinco tipos diferentes de opio habían manchado las suelas de sus zapatos. Todo lo que podía hacer era atravesar el club con el mayor cuidado posible, confiando en que las empleadas no estropearan el cuero de sus zapatos cuando los limpiaran más tarde esa misma noche.

—Yo me encargo a partir de ahora.

Kathleen alzó la barbilla sorprendida y el dije de jade en su cuello resplandeció bajo la luz. Rosalind solía decirle a su prima que alguien le arrebataría esa piedra tan preciosa si la llevaba de una manera tan descarada, pero a Kathleen le gustaba verla allí. Decía siempre que, si la gente iba a mirar su garganta, prefería que lo hiciera por el dije y no por la protuberancia de su nuez.

Su expresión de sorpresa se transformó rápidamente en una sonrisa al darse cuenta de que era Juliette quien estaba deslizándose en el asiento frente al comerciante británico.

—Avíseme si necesita que le traiga alguna cosa —dijo Kathleen con dulzura, en un perfecto inglés con acento francés.

Mientras se alejaba, Walter Dexter se quedó boquiabierto.

—¿Me entendió todo este tiempo?

—Irá descubriendo, señor Dexter —comenzó Juliette, apartando la vela del centro de la mesa y aspirando la cera perfumada—, que, si asume desde el primer momento que alguien no sabe hablar inglés, la persona se verá tentada a burlarse de usted.

Walter parpadeó y luego ladeó la cabeza. Tomó nota de la manera de vestir de la recién llegada, de su acento americano y del hecho de que conociera su nombre.

—Juliette Cai —concluyó el hombre—. Esperaba a su padre esta noche.

La Pandilla Escarlata se definía como un negocio familiar, pero no se limitaba a eso. Los Cai eran su corazón palpitante, pero la pandilla en sí era una red de gánsteres, contrabandistas, comerciantes e intermediarios de todo tipo, cada uno de los cuales rendían cuentas a Lord Cai. Los extranjeros, menos efusivos en sus juicios, consideraban a la Pandilla Escarlata como una sociedad secreta.

—Mi padre no tiene tiempo para comerciantes sin una historia creíble —respondió Juliette—. Si se trata de algo importante, yo le transmitiré su mensaje.

Desafortunadamente, parecía que Walter Dexter estaba mucho más interesado en las conversaciones triviales que en los negocios.

—Lo último que supe de usted es que se había mudado para convertirse en neoyorquina.

Juliette depositó la vela sobre la mesa de nuevo. La llama parpadeó, arrojando fantasmagóricas sombras sobre aquel comerciante de mediana edad. La luz no hizo más que acentuar las arrugas de su frente, perpetuamente fruncida.



—Es una lástima, pero sólo me enviaron a Occidente con el propósito de recibir una educación —dijo Juliette, reclinándose en el sofá—. Ahora tengo la edad suficiente para empezar a contribuir en el negocio familiar y todo lo relacionado con él, así que me arrastraron de vuelta sin importarles mis gritos y pataletas.

El comerciante no se rio de la broma, como era la intención de Juliette. En lugar de ello, se palpó levemente la sien, despeinando su pelo de franjas plateadas.

—¿No había regresado también durante un breve período de tiempo hace un par de años?

Juliette se quedó rígida, la sonrisa vacilante. Detrás de ella, los clientes de una de las mesas estallaron en estruendosas carcajadas, partiéndose de risa por el comentario de uno de ellos. Ese sonido le produjo cierta comezón en el cuello y le generó un sudor caliente que le recorrió la piel. Esperó a que el ruido se apagara, usando la interrupción para pensar de forma veloz y replicar con contundencia.

—Sólo una vez —respondió Juliette con cautela—. Nueva York no era muy segura durante la Primera Guerra Mundial. Mi familia estaba preocupada.

El comerciante seguía empeñado en el tema. Emitió un pequeño ruido mientras ponderaba su respuesta.

—La guerra terminó hace ocho años. Usted estuvo aquí hace cuatro.

La sonrisa de Juliette se desvaneció por completo. Se echó hacia atrás el cabello recogido.

—Señor Dexter, ¿estamos aquí para discutir su amplio conocimiento sobre mi vida personal o esta reunión tiene realmente un propósito?

Walter palideció.



—Le pido disculpas, señorita Cai. Mi hijo tiene su edad, por lo que de manera casual me enteré que...

Interrumpió la frase al reparar en la mirada de Juliette. Se aclaró la garganta.

—Solicité reunirme con su padre en relación a un nuevo *producto*.

De inmediato, a pesar de la vaguedad de la palabra elegida, quedó bastante claro a qué se refería Walter Dexter. La Pandilla Escarlata era, en primer lugar y, sobre todo, una red de gánsteres, y eran raras las ocasiones en las que los gánsteres no estaban intensamente involucrados con el mercado negro. Si los Escarlatas dominaban Shanghái, no había ninguna razón para extrañarse de que también dominaran el mercado negro: ellos decidían quiénes podían entrar y quiénes debían salir, decidían a qué hombres se les permitía prosperar y cuáles tendrían que pasar a mejor vida. En las partes de la ciudad que todavía pertenecían a los chinos, la Pandilla Escarlata no estaba simplemente por encima de la ley; era la ley. Sin los gánsteres, los comerciantes estaban desprotegidos. Sin los comerciantes, los gánsteres no tendrían mucho propósito ni trabajo. Era una asociación ideal que se veía amenazada continuamente por el creciente poder de las Flores Blancas, la otra pandilla de Shanghái que realmente tenía alguna posibilidad de rivalizar con los Escarlatas en el monopolio del mercado negro. Después de todo, durante generaciones habían estado haciendo lo posible por aventajarlos.

—Un producto, ¿hum? —repitió Juliette. Entornó los ojos de forma ausente. Habían cambiado las artistas sobre el escenario y la luz del foco se atenuó en el momento en que sonaron las primeras notas de un saxofón. Adornada con un traje nuevo y brillante, Rosalind se pavoneó frente a todos—.

¿Recuerda usted lo que ocurrió la última vez que los británicos quisieron introducir un *nuevo producto* en Shanghái?

Walter frunció el ceño.

—¿Se refiere a las Guerras del Opio?

Juliette se examinó las uñas.

—¿Qué cree usted?

—No puede achacarme algo que fue culpa de mi país.

—Ah, ¿y no es así como funciona?

Ahora era el turno de Walter de parecer poco impresionado con las palabras de su interlocutora. Juntó las manos mientras a sus espaldas las faldas se agitaban y las pieles destellaban sobre el escenario.

—De todas maneras, requiero la ayuda de la Pandilla Escarlata. Tengo vastas cantidades de lernicrom que necesito mover, y sin duda será el próximo opiáceo más apetecido del mercado —Walter carraspeó—. Me parece que en este momento a ustedes les interesa tomar la delantera.

Juliette se inclinó. En ese movimiento repentino, las cuentas de su vestido tintinearón frenéticamente, interponiéndose a la música de jazz que sonaba al fondo.

—¿Y realmente *usted* cree que puede ayudarnos a tomar la delantera?

Las constantes confrontaciones entre la Pandilla Escarlata y las Flores Blancas no eran un secreto para nadie. De hecho, todo lo contrario, porque aquella guerra entre clanes no era nada que asolara únicamente a aquellos que llevaran el apellido Cai o el apellido Montagov. Era una causa que los integrantes comunes de cualquiera de las dos facciones asumían de forma personal, con un fervor que casi podía llegar a ser sobrenatural. Los extranjeros que por primera vez llegaban a Shanghái por negocios recibían una advertencia antes de en-



terarse de cualquier otra cosa sobre la ciudad: elija un bando y elójalo rápidamente. Si negociaban una vez con la Pandilla Escarlata, serían Escarlatas para siempre. Pertenecerían a su territorio y serían asesinados si deambulaban por las áreas donde dominaba la Banda de las Flores Blancas.

—Lo que yo creo —dijo Walter en voz baja— es que la Pandilla Escarlata está perdiendo el control de su ciudad.

Juliette se echó hacia atrás. Debajo de la mesa, apretó los puños con tal fuerza que la piel de los nudillos se quedó sin flujo sanguíneo. Cuatro años atrás, al escuchar la palabra Shanghái se le iluminaban los ojos y al pensar en la Pandilla Escarlata el sentimiento era de esperanza. Aún no había entendido que Shanghái era una ciudad extranjera en su propio país. Ahora lo entendía. Los británicos dominaban una porción. Los franceses dominaban otra. Los rusos que integraban las Flores Blancas se estaban apoderando de las únicas partes que técnicamente permanecían bajo el dominio chino. Esta pérdida de control era algo que se había visto venir desde hacía mucho tiempo, pero Juliette preferiría morderse la lengua antes que admitirlo voluntariamente ante un comerciante que no entendía nada de nada.

—Contactaremos con usted en referencia a su producto, señor Dexter —dijo ella después de una larga pausa, exhibiendo una sonrisa fácil. Enseguida soltó un suspiro imperceptible, liberando la tensión que le había formado un nudo en el estómago hasta el punto de causarle dolor—. Ahora, si me disculpa...

Todo el club quedó sumido en un momentáneo silencio y de repente la voz de Juliette resultaba demasiado audible. Los ojos de Walter se abrieron de par en par y se fijaron en la escena que ocurría por encima del hombro de Juliette.



—Apuesto lo que sea —comentó él— a que ése es uno de los bolcheviques.

Al escuchar las palabras del comerciante, Juliette sintió un frío que la dejó helada. Lenta, muy lentamente, se dio la vuelta para seguir la dirección de la mirada de Walter Dexter, buscando en medio del humo y de las sombras que danzaban en el vestíbulo del cabaré.

Por favor que no sea así —imploró—. Cualquier otro menos...

Su visión se hizo borrosa. Por un aterrador segundo, el mundo se inclinaba sobre su eje y Juliette a duras penas lograba aferrarse a su borde, a punto de trastabillar. Luego el suelo se estabilizó y Juliette pudo respirar nuevamente. Se puso de pie y se aclaró la garganta, concentrando todo su poder en que el tono de su voz sonara lo más apática posible cuando declaró:

—Los Montagov emigraron mucho antes de la revolución bolchevique, señor Dexter.

Antes de que nadie pudiera fijarse en ella, Juliette se escabulló entre las sombras, donde las paredes oscuras atenúan el brillo de su vestido y las húmedas tablas del suelo amortiguaban el sonido de sus tacones. Sus precauciones eran innecesarias. Las miradas de todos estaban clavadas en Roma Montagov, mientras el joven se abría paso a través del club. Por esta vez Rosalind llevaba a cabo una actuación que ni una sola persona prestaba atención.

A primera vista, podría pensarse que la conmoción que emanaba de las mesas redondas del establecimiento se debía a que había entrado al sitio un extranjero. Pero en este club había muchos extranjeros dispersos entre el público, y Roma, con su pelo negro, sus ojos oscuros y su piel pálida podría haberse mezclado entre los chinos con tanta naturalidad como una rosa blanca pintada de rojo en medio de las ama-

polas. No era por el hecho de que Roma Montagov fuera extranjero. Se debía a que el heredero de la Banda de las Flores Blancas era totalmente reconocible como enemigo en el territorio de la Pandilla Escarlata. Por el rabillo del ojo, Juliette pudo entrever el movimiento: armas que abandonaban los bolsillos y hojas de cuchillos que resplandecían fugazmente, cuerpos removiéndose con animosidad.

Juliette emergió entre las sombras y levantó una mano en dirección a la mesa más cercana. El movimiento tenía un significado preciso: *esperad*.

Los gánsteres se quedaron quietos, cada grupo observaba a los que estaban más cerca para seguir el ejemplo. Esperaron, fingiendo que continuaban con sus conversaciones mientras que Roma Montagov pasaba de una mesa a la otra, sus ojos entrecerrados por la concentración.

Juliette comenzó a aproximarse. Presionó una mano sobre su garganta, obligando a que bajara el nudo, se forzó a calmar la respiración hasta que dejó de sentirse al borde del pánico, hasta que logró dibujarse una sonrisa radiante. En otra época, Roma habría sido capaz de saberlo que le ocurría. Pero habían pasado cuatro años. Él había cambiado. Ella también.

Juliette extendió la mano y tocó la parte trasera de la chaqueta del traje de Roma.

—Hola, forastero.

Roma se giró. Por un momento dio la impresión de que no hubiera identificado la imagen que tenía enfrente. Miraba con persistencia, con los ojos tan en blanco como un cristal transparente, por completo desconcertado.

Entonces, la visión de la heredera de los Escarlatas lo inundó como un cubo de hielo. Los labios de Roma se separaron con una leve bocanada de aire.

La última vez que la había visto, ambos tenían quince años.

—Juliette —exclamó automáticamente, pero ya no había entre ellos la familiaridad suficiente para usar el nombre de pila del otro. No la tenían desde hacía largo tiempo.

Roma carraspeó.

—Señorita Cai, ¿Cuándo regresó a Shanghái?

Nunca me fui, hubiera querido decir Juliette, pero eso no era cierto. Su mente había permanecido aquí —sus pensamientos habían girado constantemente en torno al caos, a la injusticia y a la furia ardiente que hervía en estas calles— pero su cuerpo físico había sido enviado por segunda vez en un barco a través del océano para mantenerla a salvo. Se opuso a aquello, a la forma tan intensa de estar ausente y llegó a sentir que esa fuerza ardía como la fiebre cada noche cuando se marchaba de las fiestas y los bares clandestinos. El peso de Shanghái era una corona de acero clavada en su cabeza. En un mundo diferente, si se le hubiera dado una opción, tal vez habría seguido otro camino, habría rechazado ser la heredera de un imperio de gánsteres y comerciantes. Pero nunca tuvo alternativa. Ésta era su vida, ésta era su ciudad, ésta era su gente y, porque los amaba, hacía mucho tiempo se había jurado hacer lo mejor que estuviera a su alcance para ser ella misma, ya que no podía ser otra persona.

Todo es culpa tuya, quería decir. Tú eres la razón por la que fui obligada a salir de la ciudad. A alejarme de mi gente. De mi propia familia.

—Regresé hace ya un tiempo —Juliette mintió con toda naturalidad, colocando su cadera contra la mesa vacía a su costado izquierdo—. Señor Montagov, tendrá que disculparme por preguntar, pero ¿qué está haciendo *aquí*?



Juliette observó cómo Roma movía una mano muy levemente y supuso que estaba comprobando que las armas ocultas estuvieran en su sitio. Luego observó la forma en que él tomaba plena conciencia de la presencia de ella, su lentitud para formar palabras. Juliette había tenido tiempo para prepararse: siete días y siete noches para entrar en esta ciudad y liberar su mente de todo lo que había sucedido entre ellos dos. Pero sea lo que fuere que Roma había esperado encontrar esta noche al entrar al club, ciertamente no se trataba de *Juliette*.

—Necesito hablar con Lord Cai —dijo Roma finalmente, colocando las manos detrás de la espalda—. Es importante.

Juliette dio un paso adelante. Sus dedos se habían encontrado nuevamente con el mechero dentro de los pliegues de su vestido y palpó la pequeña rueda dentada mientras tarareaba mentalmente. Roma pronunció *Cai* como un comerciante extranjero, con la boca muy abierta. Los chinos y los rusos compartían el mismo sonido para Cai: *Tsai*, similar al sonido al encender una cerilla. El acento chapucero que él había empleado era deliberado: un comentario sobre la situación. Ella hablaba ruso con fluidez, él hablaba con fluidez el singular dialecto de Shanghái y, sin embargo, aquí se encontraban ambos hablando en inglés con diferentes acentos, como si fueran un par de comerciantes de paso por la ciudad. Cambiar del inglés a la lengua nativa de cualquiera de los dos habría sido como tomar partido, por lo que se conformaron con un terreno neutro.

—Si ha venido hasta aquí, me imagino que tiene que ser algo importante —dijo Juliette encogiéndose de hombros y soltando el mechero—. Mejor hable conmigo, yo transmitiré el mensaje. De un heredero a otro, señor Montagov. Puede confiar en mí, ¿verdad?



Era una pregunta risible. Sus palabras decían una cosa, pero su mirada fría e inexpressiva comunicaba otra: *un paso en falso mientras estés en mi territorio y te mataré con mis propias manos*. Ella era la última persona en la que él confiaría y podría decirse que el sentir era mutuo.

Pero sea lo que fuere lo que Roma necesitaba, debía ser algo grave. No objetó.

—¿Podemos...?

Hizo un gesto señalando a un costado, hacia las sombras y los rincones oscuros, donde la audiencia centrada en ellos no sería tan numerosa como si fueran un segundo espectáculo, una audiencia que aguardaba el momento en que Juliette se alejara para que ellos pudieran abalanzarse sobre el intruso. Apretando los labios, Juliette se giró y le hizo señas a Roma para que éste se dirigiera a la parte trasera del club. Él la siguió al instante con sus pasos medidos tan cerca de Juliette como para escuchar con claridad las cuentas del vestido de ella que tintineaban airadamente, revelando la perturbación que le causaba su cercanía. Juliette no sabía por qué se tomaba la molestia. Debería haberlo arrojado a los Escarlatas, dejar que ellos se encargaran de él.

No, decidió. Soy yo quien debe encargarse. Me corresponde a mí destruirlo.

Juliette se detuvo. Ahora sólo estaban ella y Roma Montagov en medio de las sombras, otros sonidos amortiguados y la vista de otras cosas atenuadas. Se frotó la muñeca, exigiéndole al pulso que se calmara, como si eso estuviera bajo su control.

—Bueno, al grano —recomenzó Juliette.

Roma miró a su alrededor. Inclino la cabeza antes de hablar y bajó el volumen de la voz hasta que ella tuvo que hacer

un esfuerzo para escucharlo. Y, de hecho, hizo un gran esfuerzo, pues se negaba a acercarse a él más de lo necesario.

—Anoche, cinco Flores Blancas murieron en los puertos. Fueron degollados.

Juliette lo miró y parpadeó.

—¿Y?

Ella no quería mostrarse insensible, pero los miembros de ambas pandillas se mataban entre sí cada semana. La propia Juliette ya había aportado su cuota a esa cifra de muertos. Si él pretendía achacar toda la culpa a los Escarlatas, entonces estaba perdiendo el tiempo.

—Y —dijo Roma con vigor, evidentemente conteniéndose para no exclamar *si me permites terminar* —también uno de vuestros hombres. Al igual que un oficial de la policía. Británico.

Ahora Juliette arrugó el ceño tenuemente, tratando de recordar si la noche anterior había escuchado a alguien en casa comentar algo sobre la muerte de un Escarlata. Era muy inusual que *ambas* pandillas tuvieran bajas en un mismo sitio, dado que las matanzas a mayor escala generalmente ocurrían durante emboscadas, y más inusual aún era que un oficial de policía también hubiera sido abatido, pero ella no iría tan lejos como para calificarlo como algo insólito. Se limitó a mirar a Roma enarcando una ceja, desinteresada.

Entonces, prosiguiendo con sus palabras, él añadió:

—Todas las heridas fueron autoinfligidas. Esto no fue una disputa por territorio.

Juliette sacudió repetidamente la cabeza, inclinándola hacia un lado, asegurándose de no haber escuchado mal. Cuando estuvo segura de que ésas habían sido las palabras de su interlocutor, exclamó:

—¿Siete cadáveres con heridas *autoinfligidas*?

Roma asintió. Lanzó otra mirada por encima del hombro, como si el mero hecho de no perder de vista a los gánsteres alrededor de las mesas pudiera evitar que lo atacaran. O tal vez a él no le importaba estar mirándolos incesantemente. Quizás intentaba evitar mirar de frente a Juliette.

—Estoy aquí para encontrar una explicación. ¿Tu padre sabe algo de esto?

Juliette emitió un ruidito burlón profundo y cargado de rencor. ¿En serio estaba diciendo que cinco miembros de las Flores Blancas, uno de los Escarlatas, y un oficial de policía se habían encontrado en los puertos y luego se habían degollado a sí mismos? Parecía el enunciado de un chiste terrible sin un final gracioso.

—No podemos ayudarte —declaró Juliette.

—Cualquier información podría ser crucial para descubrir lo que ha sucedido, señorita Cai —insistió Roma. Siempre que se enfadaba aparecía entre sus cejas una pequeña muesca similar a una luna creciente. Ahora estaba allí visible. Había algo más sobre estas muertes de lo que él estaba dejando traslucir; esto iba mucho más allá de una emboscada ordinaria—. Uno de los muertos era de los vuestros...

—No vamos a cooperar con las Flores Blancas —lo interrumpió Juliette de golpe. De su rostro había desaparecido hacía un buen rato cualquier señal de fingido humor—. Déjame aclarar eso antes de que prosigas. Independientemente de si mi padre sabe algo o no sobre las muertes de anoche, no lo compartiremos contigo y no propiciaremos ningún contacto que pueda poner en peligro nuestras propias actividades comerciales. Entonces, que tengas un *buen día*, señor Montagov.



Sin lugar a dudas Roma había sido expulsado y, sin embargo, permaneció donde estaba, mirando a Juliette como si tuviera un sabor amargo en la boca. Juliette ya había girado sobre sus talones, preparándose para salir, cuando escuchó a Roma susurrar con saña:

—¿Qué *te ha pasado a ti*, señorita Cai?

Juliette podría haber dicho cualquier cosa a manera de respuesta. Podría haber elegido sus palabras con el veneno mortal que había adquirido en sus años de ausencia y escupírselo en la cara. Podría haberle recordado lo que él había hecho hace cuatro años: clavarle la espada de la culpabilidad hasta hacerlo sangrar. Pero antes de que pudiera abrir la boca, un grito se expandió por todo el club, interrumpiendo cualquier otro ruido como si operara en una frecuencia diferente.

Las bailarinas sobre el escenario quedaron congeladas; la música se detuvo.

—¿Qué está pasando? —murmuró Juliette. Justo en el instante en que se movía para averiguarlo, Roma siseó bruscamente y la sujetó por el codo.

—Juliette, no.

La joven sintió que aquel contacto le abrasaba la piel como una dolorosa quemadura. Apartó el brazo de un tirón más veloz que si efectivamente estuviera en llamas, con los ojos encendidos por la furia. Él no tenía derecho. Había perdido el derecho a pretender que alguna vez había querido protegerla.

Juliette se dirigió hacia el otro extremo del club, ignorando a Roma, quien la seguía. Los rugidos de pánico se hicieron cada vez más audibles, aunque ella no podía comprender *qué* estaba provocando tal reacción, hasta que con un firme empujón apartó a un lado la multitud que se congregaba.



En ese momento vio a un hombre reducido en el suelo con sus propios dedos clavándose en el grueso cuello.

—¿Qué está haciendo? —Juliette dio un grito y se apresuró hacia delante—. ¡Que alguien lo detenga!

Pero la mayor parte de sus uñas ya estaban enterradas profundamente en el músculo del cuello. El hombre escarbaba con una intensidad animal, como si hubiera *algo* allí, algo arrastrándose bajo la piel que nadie más podía ver. Más profundo, más profundo, más profundo, hasta que sus dedos estuvieron completamente enterrados y empezó a sacarse los tendones, las venas y las arterias.

Un segundo después, el club se había quedado en total silencio. No se escuchaba nada salvo la respiración fatigosa de aquel hombre bajo y robusto que se había derrumbado en el suelo, con la garganta desgarrada y las manos chorreando sangre.